

A portrait of a middle-aged man with light hair and glasses, smiling. He is wearing a dark suit jacket over a light-colored shirt. The background is dark. The text is overlaid on the bottom half of the image.

Sueiro tenía razón

A los 64 años murió el célebre periodista
que conoció el más allá en 1990. La ciencia
confirma su experiencia.

Por EMILIO CICCIO

FINALMENTE, EL JUEVES 13, A LAS 13:30, Víctor Sueiro dejó este mundo. Había superado a lo largo de su vida quince cateterismos, once angioplastias, y acababan de diagnosticarle cáncer de páncreas. Pero el cuerpo, a sus 64 años, no resistió más.

Decenas de famosos fueron a despedirlo. Cientos de líneas describieron los méritos de un periodista fuera de serie. Sin embargo, en todos los casos, dejaron un tema sin tratar, una asignatura que revolucionó su vida al punto de convertirlo en un creyente de teflón y en un abanderado en la lucha por quitarle el miedo a la muerte.

En junio de 1990, mientras se hacía estudios de rutina en el Sanatorio Güemes, Sueiro sufrió un paro cardíaco. En un lapso de 40 segundos, tuvo la mayor experiencia de su vida, paradójicamente, cuando surcaba el abismo de la muerte. Mientras sus funciones vitales colapsaban, se sintió envuelto en una luz reconfortante y escuchó voces amigables que lo guiaban fuera de su cuerpo.

A 17 años de aquel episodio, la ciencia debate con más énfasis que nunca qué hay de cierto en los recuentos de pacientes que vuelven de la muerte. Los estudios indican que entre un 4 y un 18% regresa con vivencias sobrenaturales. Y la mitad de ellos asegura haber escuchado voces de fuera de este mundo. El tema ya no es cuestión de creer o no, sino parte de una lucha entre místicos y científicos, entre optimistas y escépticos. Ahora, es saber o no saber. Esa es la cuestión.

La última novedad acaba de aportarla un grupo de científicos belgas, en un artículo publicado en el *New England Journal of Medicine*. El equipo, dirigido por el doctor Dirk De Ridder, de la Universidad del Hospital Amberes, estimuló en pacientes distintas áreas del cerebro con impulsos eléctricos y logró reproducir una de las sensaciones arquetípicas de las ECM (Experiencias Cercanas a la Muerte): la de salirse fuera del cuerpo. De Ridder asegura que esto sería prueba suficiente para echar por tierra décadas de hipótesis paranormales que se remontan a 1975, cuando el médico Raymond Moody acuñó el término "ECM". Aunque, en verdad, ¿han puesto fin al enigma? ¿o solo han avivado la llama?

Alejandro Andersson, presidente del Instituto de Neurología de Buenos Aires, no tiene dudas. Cada año, asiste al menos a cien pacientes en estado de coma y es un convencido de que las ECM son producto de una mente en peligro de extinción. "Son fallas en la percepción. No hay otra causa", explica. Según sondeos de su instituto, las personas con fuertes desórdenes metabólicos son aquellas que más tienden a atravesar expe-

riencias paranormales. "La realidad depende de los circuitos del cerebro, y cuando los circuitos no se comunican adecuadamente, la mente dispara esta clase de fenómenos".

A pesar de la confianza de Andersson, la mayoría de los científicos coincide en que las ECM aún tienen las características de un agujero negro en el cosmos: fascinantes, misteriosas e inabarcables.

Hasta ahora, el abordaje más novedoso lo tiene, sin dudas, Kevin Nelson, neurofisiólogo de la Universidad de Kentucky. Nelson considera que las ECM son el resultado de un estado de sueño dentro de un cerebro que se ha quedado sin oxígeno. "La hipótesis encaja perfectamente y daría solución a muchas de nuestras preguntas", arriesga.

Facundo Manes, director del INECO y del Instituto de Neurociencias de la Fundación Favaloro, es uno de los mayores exponentes en neurología de la Argentina. Manes tiene suma cautela cuando habla de experiencias cercanas a la muerte. "Es cierto, las

La ciencia debate qué hay de cierto en los recuentos de pacientes que vuelven de la muerte.

personas que las han tenido tienen más probabilidades de mezclar sueños y realidad que aquellos que no. Por otra parte, drogas como la ketamina, un tremendo tranquilizador, también pueden causar esos síntomas. Pero vamos a decirlo así: las experiencias espontáneas cercanas a la muerte aún están más allá de nuestra explicación".

Alejandro Parra es psicólogo y dirige en la Argentina el Instituto de Psicología Paranormal. Viene realizando uno de los más importantes trabajos de campo en el país relacionado con experiencias cercanas a la muerte. Ya acopió 400 casos, vía su página web (www.alipsi.com.ar). Es de los que piensan que aquellos que tratan las ECM como delirios neurológicos no cuentan toda la verdad. "Si no —se pregunta—, ¿cómo explicás que muchas personas clínicamente muertas puedan relatar minuciosamente sus resurrecciones y hasta reconstruir conversaciones escuchadas en otros lugares del hospital? Además, no te olvides de que las disfunciones orgánicas cerebrales generalmente producen pensamientos confusos,

irritabilidad, temor y visiones muy diferentes a la excepcional claridad de pensamiento y calma características de las ECM."

Más allá de coincidencias asombrosas en los relatos, las experiencias cercanas a la muerte también tendrían sutilezas en la trama de acuerdo al origen del paciente. Tras cotejar casos a lo largo del mundo, un grupo de neurólogos australianos concluyó este año que las diferencias culturales dan forma a las experiencias. Los japoneses, por ejemplo, en lugar de túneles de luz, evocan cuevas. Y los chinos recuerdan con nitidez haber viajado fuera del cuerpo pero pocos sostienen que ese viaje haya sido placentero; en el mundo como un todo, en cambio, solo un 3% experimentó sensaciones negativas.

Sam Parnia, de la Universidad de Southampton, es considerado uno de los más dedicados investigadores de las ECM. Preside la Fundación de Estudios Horizonte, destinada a dar información sobre descubrimientos en torno a fenómenos más allá de la muerte y recoger fondos para su estudio. Él y su equipo estuvieron un año junto a pacientes diagnosticados con muerte clínica en el hospital público de la ciudad. Puso especial énfasis en la selección de casos: sólo consideró aquellos individuos en los que no hubiera existido pulso ni respiración, y cuyas pupilas hubieran estado fijas y dilatadas.

De los 63 testimonios que pudo recoger, solo siete trajeron recuerdos del más allá, y apenas cuatro tuvieron experiencias concretas de ECM. A Parnia le llamó la atención la lucidez de los recuerdos y la frescura del relato, en momentos en que los pacientes sufrían de muerte cerebral. Ninguno había recibido medicamentos que pudieran disparar alucinaciones, y él mismo supervisó que sus niveles de oxígeno no descendieran drásticamente en el cerebro. Por último, ninguno de los cuatro pacientes se consideraba religioso practicante. "Durante un paro cardíaco, la actividad cerebral se detiene rápidamente —precisa—. Esto no debería permitir que se formaran procesos de experiencias tan lúcidas o que permitieran la formación de recuerdos".

Parnia confía en que su investigación deja la puerta abierta para explicar científicamente la diferencia entre cerebro y mente. Y da una luz de esperanza para aquellos que creen que la muerte no es el punto final de la existencia. Pero es realista al respecto.

"Nuestros descubrimientos tienen que ser investigados con un estudio más abarcativo. Pero si los resultados se repiten, esto implicaría que la mente podría sobrevivir a la muerte del cuerpo". Solo una cosa queda por decir: donde sea que esté, Sueiro ya conoce la respuesta. ■